

UN OBISPO SE CONFIESA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

La primera impresión que causa el obispo Alberto Iniesta en un profano es que no parece un obispo. Quiero decir que no responde a la imagen episcopal, habitual, oficial, ideal, proverbial, general, usual, tradicional y tal. Claro que uno no conoce a ningún otro obispo vivo. Conoció, hace muchos años, a don Pedro Cantero Cuadrado cuando era obispo de Huelva (Canterero, no un servidor). La gente de allí, muy dada a poner motes, le llamaba el «Adoquin». Más no debe verse aquí un especial sentido peyorativo: en aquellos años don Pedro no tenía el tinte integrista luego conseguido y fue prelado dinámico y hacedor que vestía el cargo con pompa y majestad en la entonces recién inaugurada diócesis huelvensis. Sucedió a don Pedro un santo varón, García Lahiguera, inclinado a rezos y devociones continuas y alejado de las cosas de este mundo; tanto que la gente decía que «estaba siempre en la higuera». Después vino monseñor González Moralejo, hombre inteligente y hablador con puesto importante en la Conferencia Episcopal o algo así y por ello habitual viajero. Así fue que algunos onubenses le motejaron descriptiva y cariñosamente «Su Ausencia Reverendísima», huérfanos por sus frecuentes idas.

Monseñor Iniesta ni tiene pompa episcopal, ni anda fuera del mundo, ni viaja apenas. Aunque en octubre de 1975 hizo una precipitada visita a Roma, tras una sonada homilía referida a las ejecuciones de septiembre.

Alberto Iniesta, obispo auxiliar de Madrid, vive en Vallecas: una ciudad dentro de otra, «la populosa barriada», el «Madrid rojo y proletario»...

Desde la Vicaría se ven las tribunas del estadio del Rayo Vallecano (que ese sí que es más que un club). En la puerta pone «Pase sin llamar». Y entonces mi compañero Ramón Rodríguez y yo pasamos. Hay una recepción-sala de visitas-oficina-antedespacho, de unos veinte metros cuadrados, y luego el modesto despacho del obispo, más pequeño, con varios pósters (uno de Pedro Casaldáliga, el obispo español de Brasil), un tresillo y la mesa. Una estufa de butano disimula el frío del antedespacho. Todos los muebles son simples, feos y metálicos (aunque no llegan a la cartujana austeridad del despacho parroquial de la vivienda del obispo). En su estante, junto a folletos litúrgicos y ejemplares de la revista «Vida Nueva», están cuatro botellas para agasajar a los visitantes: coñac «Decano», «Señorío de los Llanos» (vino de Valdepeñas; poco más de diez duros en los no lejanos almacenes Simago), un vino de Málaga y una Casera. El vino de Málaga, que pedí cuando monseñor me ofreció beber algo, no hacía mucho honor a Málaga ni al vino. Sería acaso por el sabor a plástico que le comunicaba el vaso. ¡Qué diferente de aquél magnífico «Oporto» escanciado en cristal tallado por monseñor Cantero!

Cuando se habla con Iniesta se ve que toda esta sencillez

no es afectación sino manera de ser. Concertamos la entrevista por teléfono y pidió un cuestionario, que es el que aparece contestado más adelante. Al hablar con él se establece pronto una corriente de confianza y dice que le tuteemos. Eso hacemos. Viste un traje gris y cuello de clérigo. Las gafas se le caen un poco como a Martín Villa, pero esta característica no resulta complementada luego con el siguiente gesto de acabárselas sobre la nariz, lo que podría crear malestar y distraer a un interlocutor nervioso.

Es autor de cuatro libros: «Papeles prohibidos», «¡Creo en Dios Padre!», «Escritos en la arena» y «¡A la buena de Dios!». Nació en Albacete en 1923. Sintió la vocación después de hacer el servicio militar y cuando trabajaba en la Caja de Ahorros de Valencia, que le costeó los estudios en el seminario de Hellín y en Salamanca. Por entonces gustaba de mortificarse («No bebía agua durante largo tiempo; llevaba el cilicio puesto gran parte del día; en el tazón del desayuno echaba disimuladamente sal en vez de azúcar y cosas así»). Conoce aquellos años al luego cardenal Tabera y a los luego obispos Larrauri y Delicado Baeza. Se ordenó sacerdote en Lourdes el año 1958. Fue párroco un sólo año en San Pedro, provincia de Albacete. Después profesor del seminario, doce años. Y en 1972 obispo auxiliar de Madrid con Ricardo Blanco Granda, Ramón Echarren, José Estepa y Victorio Oliver, estos dos últimos nuevos en la plaza, como él («Y en cierto momento salió el tema de los «capisayas». Yo estaba aterrado. Oía hablar de que si «palatina», que si «manteleta», que si «esclavina», que si «fajines»... Para facilidad de los nuevos, se concertó que determinado día y hora nos juntáramos en Madrid en una sastrería de esas cosas. Cuando llegó la mañana indicada, estaba casi a punto de ir, pero me dije: «Alberto: esto pasa como en los matrimonios; si cedés a la primera, cederás siempre». Y no acudí a la cita. Tampoco nadie me recordó luego nada. Me arreglé sacando una sotana que tenía de los tiempos en que aún la llevábamos, y que estaba —y está; es la misma que tengo ahora— de buen ver; encargué a las carmelitas de Albacete que me hicieran un fajín rojo; y con eso y con el pectoral me arreglo para los pocos días en que hay que ponerse de «tiros largos», que en Madrid son dos: las dos misas que celebramos en la catedral el Jueves Santo y el Día del Papa. Por supuesto que en la liturgia uso mitra, aunque báculo lo menos posible. Y no tengo solideo, porque propiamente no es prenda litúrgica, creo yo. En realidad va desapareciendo casi del todo su uso. Y tengo que reconocer que nadie me ha dicho que por qué no lo llevo. Pero dejemos de hablar de modas»).

No fuma desde hace 10 años (antes «Ducados» y cachimba). Se levanta a las seis y media, hace gimnasia, lee y reza y dice misa todos los días en la parroquia vallecana del barrio de Santa Carlota (¿o es Doña Carlota?) donde vive. Va al cine y al teatro cuando puede (le gustó mucho el «Gaspar», de Peter Handke-José Luis Gómez. La última obra que ha visto es «La señora Tártara», de Francisco Nieva: «me pareció interesante y con muchas lecturas»). Contestó este cuestionario en las vespas de San Valentín, Día de los Enamorados.

¿Cuáles son tus relaciones con el marxismo?

-No tengo ninguna relación. No tengo contacto ni vinculación con ningún grupo ni partido marxista. Pero sí con personas concretas, cristianos y no cristianos, que se afirman marxistas y de los que soy buen amigo.

-Pero mucha gente te considera el mascarón de proa del «gauchismo cristiano»...

-Favor que me hacen... Pero no es para tanto. Aparte de que lo que el «gauchismo» tuviera de emocional, de apriorístico y de adolescente, me parecería lamentable y algo que habría que evitar. Pero vamos, en serio, que no, que no es eso. Hay muchas caricaturas de mí, y esa es una de ellas, aunque son malentendidos difíciles de borrar.

-¿España ha dejado de ser nacionalcatólica?

-A pesar de ciertas inercias y de ciertas nostalgias, creo que sí, en general. Y por parte de la Iglesia española, esto fue una opción voluntaria, antes de que se lo impusieran las circunstancias. Quiero decir que esta especie de conversión colectiva se hizo gracias al Concilio y todavía en tiempos del franquismo, cuando aún se sostenía oficialmente el aparato montado del nacionalcatolicismo. Luego, por parte de la sociedad española y su Constitución, al separar la Iglesia del Estado. Al mismo tiempo, el pueblo español ha cambiado mucho, y ya no se aceptan aquellos planteamientos totalitarios, sino que se tiene más conciencia de vivir en una sociedad pluralista.

-¿Es posible en España una política laica?

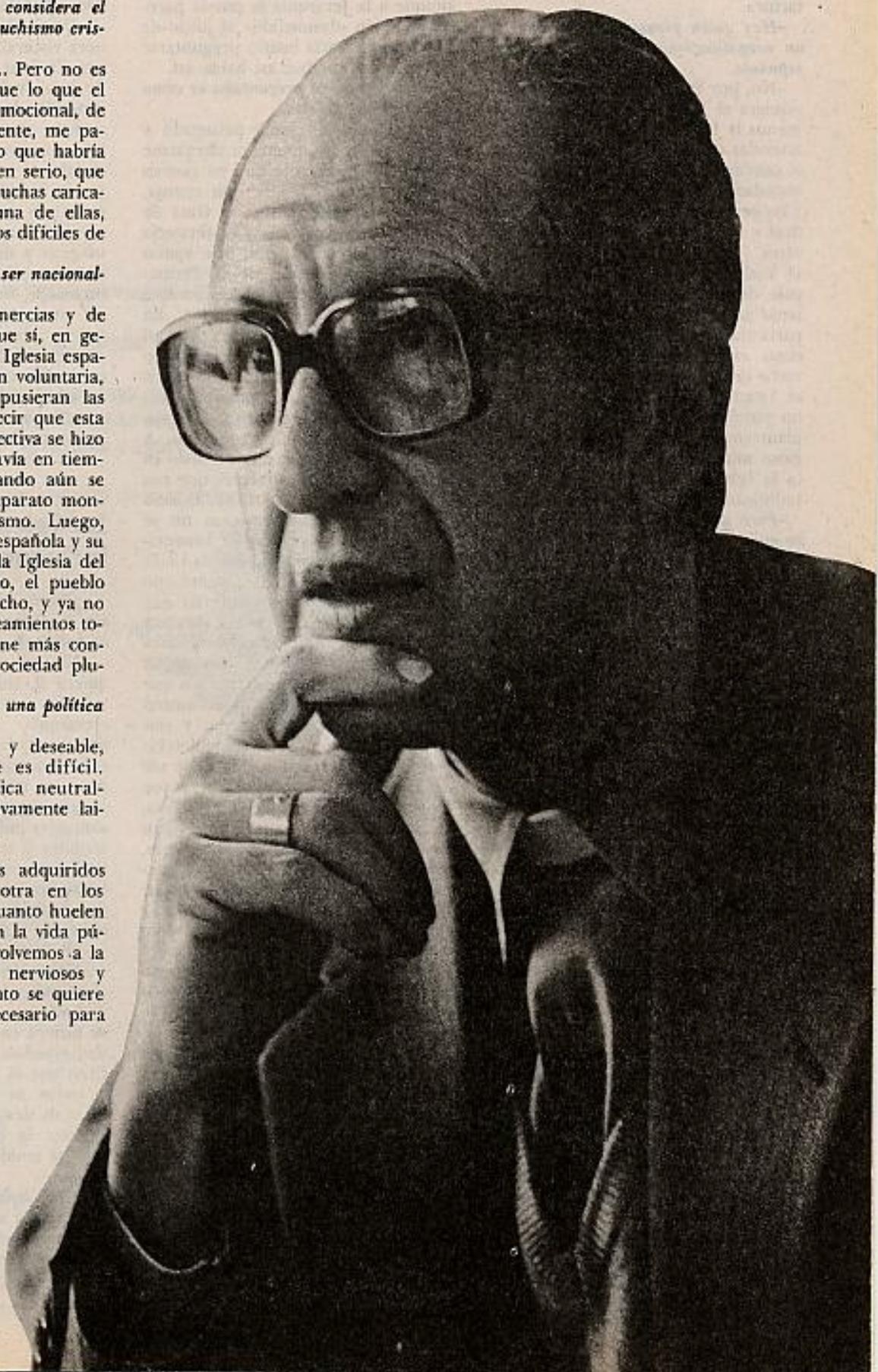
-Creo que es posible y deseable, aunque reconozco que es difícil. Quiero decir una política neutralmente laica, no combativamente laicista, por supuesto.

-¿Y por qué es difícil?

-Pues por los reflejos adquiridos por una parte y por otra en los últimos años. Unos, en cuanto huelen algún síntoma católico en la vida pública ya les parece que volvemos a la inquisición, y se ponen nerviosos y agresivos. Otros, en cuanto se quiere hacer algún reajuste necesario para

corregir excesos anteriores, que sacralizaban realidades y cosas en sí mismas neutrales, y, digámoslo así, legítimamente profanas, bueno, pues arman la marimorena, y dicen que es revancha, y que quieren arrinconar a la Iglesia, y simplismos así. Por eso es difícil, por reflejos condicionados.

Pero hay que intentarlo. Yo creo que la Iglesia católica tiene un papel en la sociedad española, pero sin exclusivismos, sin avasallar, ni tampoco arrinconarse. Por lo que a mí respecta, opino que en los casos dudosos es preferible ceder, más que armar guerra por exigir unos derechos.



Alberto Iniesta parece más un cura de barrio que un obispo. Sólo el anillo con la cruz denota en él la jerarquía eclesiástica episcopal...

Marzo 1981

UN OBISPO

Primero, porque siempre estará más en línea con el estilo del Evangelio. Y segundo, porque en general durante los últimos tiempos nos habíamos pasado, y hay que ayudar a pagar esa factura.

-Hay quien piensa que asistimos a un neogalicismo en la vida oficial española.

-No, por Dios, en modo alguno. Ni siquiera el Estado español, ni mucho menos la Iglesia española pueden ser acusadas de neogalicismo. Sólo que al cambiar los planteamientos de esta sociedad, son inevitables los reajustes y las negociaciones, con sus inevitables tiras y aflojas. Por parte de unos y de otros. ¿De unos y de otros?, ¿eh? Que el Vaticano tenga que tratar con un país de Estado a Estado no es un tema que me entusiasme ni me haga particularmente feliz. Pero ya que las cosas están así y hay que hacerlo, nadie tiene por qué extrañarse de que el Estado de una sociedad pluralista no pueda generalizar ni imponer los planteamientos de un colectivo religioso mucho más homologado, como es la Iglesia Católica, aunque sea estadísticamente mayoritaria.

-Pero no son pocos los que insisten en que la Iglesia española es un freno a la modernización del país.

-Vamos a ver. Yo diría que hay que distinguir. Respecto al pasado, hay que reconocer con tristeza que fue bastante general esa postura de la Iglesia española, de tendencia predominantemente conservadora, llena de prejuicios ante los cambios históricos y frente a la ciencia y los intelectuales. También en la Iglesia de hoy quedan actitudes así, pero ya no se puede generalizar. Creo que en todos los niveles de la vida católica y en todas partes de su geografía, hay mucha gente que no solamente no se opone a la modernización del país, sino que colabora en ella con seriedad, con sinceridad y con constancia.

Un hombre así, habla así

-Quisiera recordar ahora la opinión del grupo parlamentario socialista (donde figuran personas tan sinceramente católicas como Peces-Barba) sobre el documento de los obispos acerca del divorcio. Dice que les parece «el documento episcopal» «inoportuno, desmedido y desestabilizador». ¿Qué opina Alberto Iniesta?

-Bueno, mira. Dice un refrán que «del enemigo, el consejo». Máxime que la Iglesia no puede considerar a

Peces-Barba precisamente como enemigo. Y no lo digo porque para mí sea un buen amigo, como lo es, sino porque me parece un político serio y honesto, y un cristiano sincero. Y aunque a la Jerarquía le pueda parecer también «desmedido» el juicio de Peces-Barba, sería bueno preguntarse por qué un hombre así habla así.

-Pero lo que yo preguntaba es cómo habla Alberto Iniesta...

-Es que es un tema peliagudo y complicado, y no quiero ni alargarme ni simplificar. Pero te diré en síntesis algunos criterios a tener en cuenta. En primer lugar, que no se trata de un documento de la Conferencia Episcopal en cuanto tal, que somos ochenta obispos, sino de la Permanente, que son unos veinte, aunque sean especialmente cualificados. En principio, nadie puede discutirles el derecho a opinar. Pero tampoco pienso que ellos quieran discutir a los demás el derecho a opinar de sus opiniones. Inclusive, otros obispos, aunque sean pequeños como yo. A este respecto, y sin entrar de lleno en el contenido del documento, que nos llevaría ahora muy lejos, yo hubiera preferido que en todo caso no se hubiera hablado en aquella lamentable coincidencia del congreso de UCD. Desde luego que no lo intentaron adrede. Pero podían y yo creo que debían haberlo evitado. Máxime cuando poco después celebrábamos la Conferencia Episcopal una sesión plenaria de seis días, durante los que se podía haber estudiado el asunto entre todos, con más tiempo y con más participación. Y en cualquier hipótesis también creo que se debe salvar el respeto a los legisladores que representan a una sociedad pluralista, no pidiéndoles que impongan a todos los puntos de vista de una parte, aunque sea importante. Hacia el interior de la Iglesia, debemos anunciar sin cansancio ni temor las grandes exigencias del ideal evangélico, tanto sobre la vocación matrimonial como sobre otras vocaciones. Hacia el resto de la sociedad pluralista, tampoco ocultar nuestro proyecto para que se le respete, al menos para nosotros. Y ofrecer a los demás aquellas razones y motivos que nos parece que valgan para todos. Y no solamente no forzar en este aspecto a los legisladores, sino tratar de comprenderles, respetarles en su trabajo para una sociedad pluralista, y hasta ayudarles en lo que sea posible.

-¿Podemos hablar de eclesiocracia en España?

-No debería ser. Pienso que ya no lo es en gran parte. Pero quedan

todavía mañas, presiones, apañios, que aún buscan eso. ¡Y hasta ponen por excusa razones pastorales y misioneras!

-¿Se ha secularizado mucho la sociedad española?

-Quizá como a retales. De una manera visceral, desgarrada, a trompicones. Es decir, que no me parece fruto de una evolución cultural madura y generalizada, sino más bien a saltos. Y siempre con muchos residuos, tanto en los individuos como en los grupos sociales, a veces aun los que menos se pueda imaginar, donde quedan actitudes no ya de religiosidad sana o siquiera ambigua, sino claramente mágicas y deformes. En conjunto, la imagen social sí que da más bien la impresión de una sociedad al menos en proceso de secularización. Y quiero aclarar que así como me parecen negativas tanto la sacralización como el secularismo, la secularización en sí misma es positiva.

-¿Se barruntan intentos de «reconquista tradicionalista»?

-Sí; me temo que sí.

La Iglesia no pretende influencia

-¿Puede hablarse de una línea oficial u oficiosa de la Iglesia española en la política?

-No, no: en modo alguno. Ni siquiera sí, como me figuro en tu intención, entendemos «Iglesia» como «Jerarquía». Ni aún así se puede hablar honradamente de una línea oficial, en modo alguno, ni oficiosa tampoco, al menos en general. Aunque luego algunos obispos tengan sus simpatías políticas, más o menos consentidas y conocidas. Pero afortunadamente, en la Iglesia de hoy existen todas las tendencias políticas conocidas, y católicos militan en partidos de todas las siglas, bajo su conciencia.

-¿Y de taranconismo?

-Tarancón no creó la coyuntura, claro está, pero supo muy bien aprovecharla, para ayudar a que el cambio se hiciera en la Iglesia y en la sociedad española al menor precio posible. Creo que el servicio que ha prestado a todos es impagable, y que aún estamos demasiado cerca para poder evaluar la importancia excepcional que ha tenido en esta etapa tan decisiva.

-¿Qué influencia tuvo la Iglesia -si es que tuvo alguna, claro está- en las elecciones generales de 1977 y 1979?

-Precisamente debido en gran parte a la orientación del cardenal Taran-

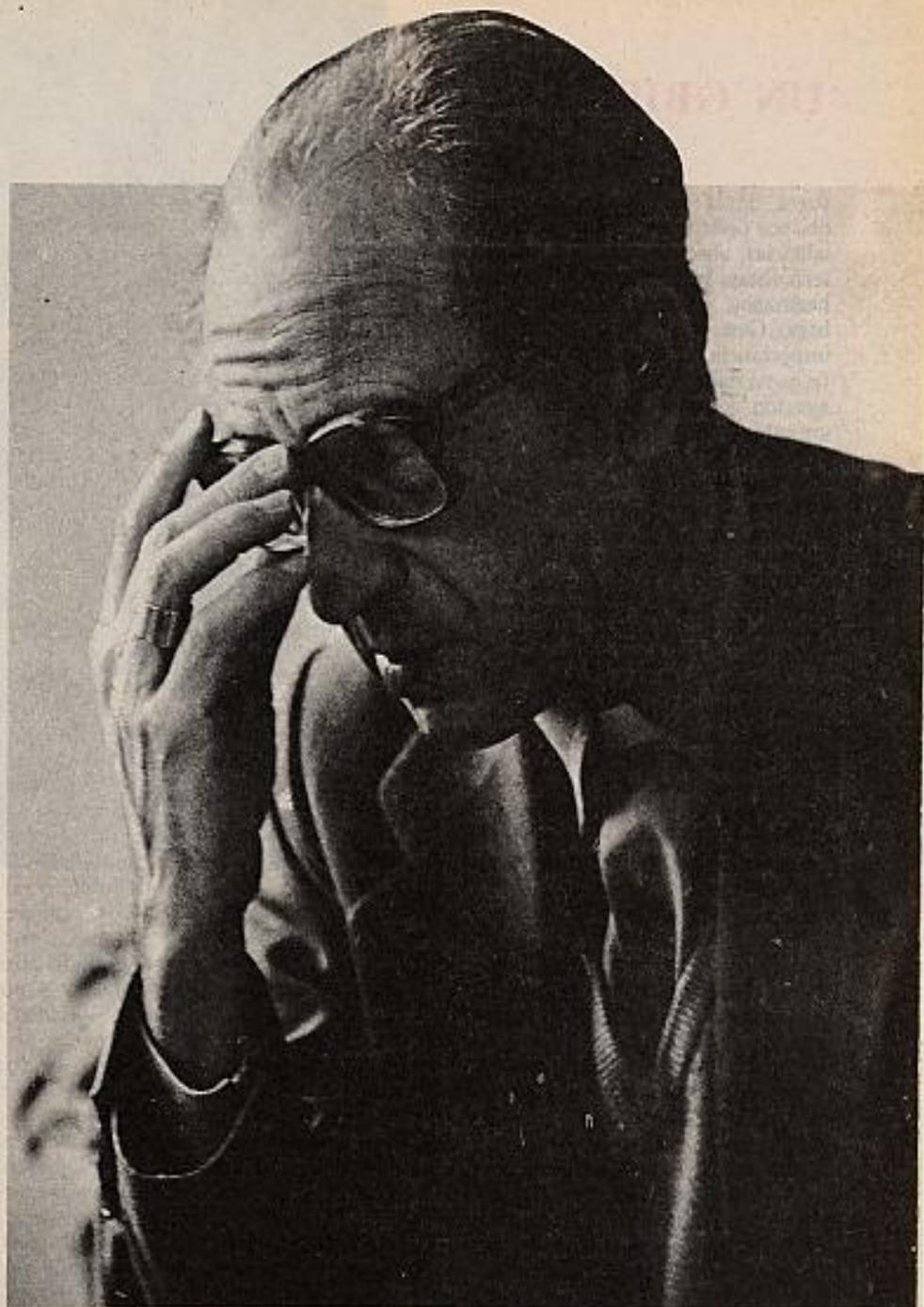
cón, aunque también con una nueva conciencia del resto de la Iglesia, madurada en los últimos años del franquismo, la influencia de la Iglesia fue no pretender influencia, no apoyar ni condenar a nadie de antemano, permitiendo de hecho que los católicos optaran de acuerdo con su conciencia y con sus análisis políticos. Hay dos pruebas al menos: la desaparición de un partido democristiano, lo que no hubiera ocurrido si la Jerarquía se hubiera enganchado en esa corriente de manera más o menos velada; y otro, la presencia de tantos católicos en diversos espectros políticos, sin excluir ni mucho menos los de la izquierda.

—Según Aranguren tras las elecciones de 1977 se fortaleció «aún más la presencia de la Iglesia en el Gobierno». Y el 21.3.78 escribía en «El País»: «la relación UCD-Patino-Tarancon- teólogos taranconianos, a mí me parece, quizá equivocadamente, estructuralmente muy clara». Y J. L. Cebrián escribe en «La España que bosteza» (1980) que «la influencia de carácter político que la jerarquía eclesiástica ejerce desde hace tiempo, quizá desde su creación, sobre el partido del Gobierno... ¿Qué decir de esto?

—Pues no sé, no sé. No conozco bien los entresijos de la vida política diaria, como esos amigos que citas. Sus razones tendrán. Pero por lo que yo puedo suponer, más que saber, podría haber dos tipos de influencia, siempre relativa. En un nivel de amistades personales, que por supuesto pueden tener su eficacia, entre algunos obispos y algunos políticos. Pero eso no se puede demostrar, yo al menos, y desde luego no se puede generalizar. En un nivel más institucional, en cuanto que por los antecedentes globales de UCD, por un lado, y por otro el peso sociológico de la Iglesia, puedan tener cierto peso en este sentido sus criterios, sus pretensiones o sus intereses.

—El padre Martín Patino, en cambio, hablaba después de las elecciones generales primeras, de las exequias del poder político de la Iglesia.

—Y creo que en parte es verdad, y así debe ser. Aunque quedan, como antes dije, reductos y tendencias todavía fuertes que buscan y consiguen mecanismos de poder, de todos modos contrapesa mucho el planteamiento público y publicado por el Concilio y por la Jerarquía española en el sentido de no querer poderes ni privilegios. Por supuesto, que esto hace más hipócrita aún la conducta cuando de hecho todavía se busca el poder. Pero una parte importante de



la Iglesia quiere seguir buscando la pérdida del poder político.

—Algunos sectores aseguran que Suárez cae por haber desplazado a los que ellos llaman nacionalcatólicos de centros tradicionales de poder suyos como Universidades y Justicia. Los proyectos de Ley de Autonomía Universitaria y de Divorcio serían los primeros motivos del choque.

—Sí; conozco esa hipótesis por la Prensa. Pero no tengo sobre eso ningún dato personal que yo conozca directamente, ni que pueda esclarecer lo que haya de verdad o de mera sospecha.

Un problema más

—En 1912 («Cánovas. Episodios Nacionales») escribe Galdós: «el problema

confesional, el gran problema hispánico». No pocos consideran la frase vigente ¿lo está?

—Ya no debería ser ningún problema para nadie. De hecho, aún trae problemas. Pero de todos modos, no es «el» problema, ni mucho menos el «gran» problema español, sino un problema más, entre muchos.

—¿Nace en España un nuevo anticlericalismo o es el de siempre?

—Cuando alguien me decía en otros tiempos que no creía en los curas, yo le decía: «ni yo, tampoco». Porque para alguna gente «creer en los curas» era sinónimo de tener que tragar ruedas de molino... o de sacristía. Digo esto porque si anti «clericalismo» fuese simplemente opuesto a «clericalismo», yo no tendría nada que objetar. Yo también soy anticlerical. Ni siquiera dentro de la Iglesia, y menos aún

UN OBISPO

fuera de la Iglesia, los curas y los obispos podemos adoptar actitudes totalitarias, absorbentes, ni siquiera paternalistas. Somos hermanos entre los hermanos, y hombres entre los hombres. Con una tarea que tiene su importancia mirada desde la vida de la fe, pero nada más, y aún en ese plano ejercida con humildad, con sencillez, en espíritu fraternal y en actitud de servicio. Por eso, puede haber un anticlericalismo justificado, antes y ahora. Como también hay perjuicios, simplismos, opiniones injustas o poco matizadas, y a veces completa ignorancia de lo que se trata. Se podrían traer mil ejemplos. Pero puede haber algunas novedades en este aspecto. Por un lado, el anticlericalismo de derechas o de algunas derechas, quizá porque creen que los curas son poco clericales, por ejemplo. Por otro, el del anticlericalismo de algunos cristianos de base, que precisamente buscan purificar la imagen del cura, y la atacan cuando ven que todavía se quieren mantener las adherencias de Cristianidad.

-¿Y el clericalismo?

-Siempre queda algo, sobre todo en la Iglesia más conservadora, sin que falten algunos brotes entre la izquierda. Pero mucho más aislados de lo que en ocasiones se ha querido airear.

-¿Puede hablarse de nueva etapa en la Conferencia Episcopal?

-Sin duda que estamos ante una nueva etapa, tanto por el cambio de Tarancón como por el de una nueva coyuntura, tanto en España como en El Vaticano. Es difícil hacer adivinanzas. Dependerá en parte no sólo del presidente que se elija en la próxima Plenaria de la Conferencia Episcopal, sino también de los miembros del Comité Ejecutivo y de los presidentes de comisiones que formen la Comisión Permanente. La Permanente tiene más capacidad de maniobra que la Plenaria, y por eso actúa más y puede influir más ante el país en la imagen del episcopado en su conjunto. De todos modos, es previsible que se acentúen los reajustes y se aprieten los tornillos por toda la maquinaria, en búsqueda de una mayor uniformidad. Se sabe que en algunos ambientes del Vaticano preocupa la posible desunión del episcopado español, y esto puede engendrar un síndrome de uniformismo a toda costa. Al mismo tiempo, me parece que cada vez más las diócesis tendrán que acentuar la acomodación de las directrices generales a la Iglesia local. En la bi-polaridad entre Iglesia universal Iglesia local, no se puede suprimir ninguno de los

polos en beneficio del otro, aunque según los tiempos o los temas se pueda acentuar un poco más uno u otro. Entre los reinos de taifas y un centralismo absorbente, puede y debe estar una buena teología pastoral de la Iglesia Diocesana.

-¿Debería celebrarse un referéndum sobre el divorcio?

-Como obispo no tengo nada que decir, ni a favor ni en contra. Respetaría lo que decidan nuestros gobernantes.

No necesitar «culpables»

-¿Qué tipo de divorcio admitiría Iniesta, de admitir alguno, claro?

-El divorcio presupone un fracaso anterior. Supongo que eso lo consideran lamentable unos y otros. El amor conyugal tiende por sí mismo a la permanencia como ideal. En el caso del sacramento del matrimonio, el católico sabe que es indisoluble, y si quiere ser fiel a la Iglesia no puede intentar un nuevo matrimonio. Pero los católicos, que hemos aceptado públicamente la libertad religiosa y el respeto al pluralismo de la sociedad, no queremos impedir que los que no sean o ya no quieran seguir siendo católicos, puedan acogerse a leyes civiles ante las cuales pueda ser declarado roto su matrimonio y pueda celebrar un nuevo matrimonio ante el poder civil. Sin que nosotros compartamos esa concepción de la vida, la respetamos. Y el mismo legislador civil debe tener en cuenta esa diversidad de opciones, aunque él mismo sea cristiano y católico, porque él no legisla para un grupo religioso, sino para una sociedad pluralista. Lo que se puede pedir es que esas leyes garanticen cierta estabilidad al matrimonio, para que ni aún en ese ámbito pueda banalizarse ni convertirse en un mero juego o en una injusticia frente al otro cónyuge o frente a los hijos. Ahí es donde la prudencia del legislador debe andar con pies de plomo, para no necesitar «culpables», ni tampoco facilitar excesivamente el que se certifique la defunción de algo que quizá todavía pueda dar esperanzas de vida, o el que alguien pueda tomar decisiones unilateralmente y de manera injusta contra el otro.

-¿Qué corrientes podrían señalarse en la Iglesia española?

-Habría que distinguir entre los militantes, los practicantes y los ocasionales. Porque en los tres niveles hay como tres grandes corrientes, pero

con diversa proporción. Pero en general se podría decir que hay dos minorías, la reaccionaria y la revolucionaria, y una mayoría que oscila a su vez entre un discreto conservadurismo o un moderado reformismo.

-Si como opinan algunos buena parte de la sociedad ha perdido la antigua religiosidad ¿por qué la ha sustituido?

-A algunos no les hacía falta sustituirla por nada, porque también ha habido siempre mucha gente sin vida religiosa. Ni siquiera en la Edad Media, ni menos aún en tiempos del nacionalcatolicismo, se puede afirmar que la religiosidad fuera un fenómeno completamente generalizado. Aunque unos tiempos faciliten más las cosas que otros, y los signos religiosos estén más o menos presentes. Y siempre ha habido sustitutos, «ídolos», sucedáneos de lo absoluto. Ahora podría llamarse «consumismo», «droga», «competitividad», «salud», «erotismo», «juventud», «violencia» y sobre todo, como siempre, «éxito», «poder», «dinero».

-Maquiavelo, al comentar a Tito Livio, habla de la utilización de la religión por la política («cuán útil es la religión a la política»). ¿Quién usa a quién?

-Hace tiempo que no leo a Maquiavelo. Pero no hace falta, para saber que muchas veces pretenden manipularse mutuamente, y bastantes veces, lo consiguen. Creo que la fuerza política y la religión no pueden casarse sin deformarse mutuamente, y con el peligro de tener también hijos deformes, monstruos.

-¿Qué interpretación política tendría el mensaje cristiano?

-El mensaje cristiano no puede ofrecer un análisis ni un proyecto político, sino unas actitudes, un espíritu, una utopía, una tendencia, que puede congeniar más con unos proyectos políticos que con otros, pero que nunca será agotado por ninguno ni con ninguno se acoplará totalmente. En general, se puede afirmar que el cristianismo es incompatible con todos los proyectos políticos que acentúan el autoritarismo, las desigualdades sociales, la violencia, la falta de libertad, la carencia de los derechos humanos fundamentales, los que propugnan la competitividad, la ambición de dinero y de poder, etc. Mientras que se sintoniza mejor con las tendencias socializantes en general, la búsqueda de una sociedad sin clases, la igualdad entre los hombres, el reconocimiento a la dignidad de todos, la sobriedad de vida, sentido comunitario de los medios de producción y de distribución, libertad de pensar, de opinar, de agruparse, el sentido de familia hu-



Iniesta presidente de un colegio electoral en Vallecas. Lo fue tres veces: en el referéndum constitucional, en las generales y en las municipales (Foto: Europa Press).

mana en la que todos sean hermanos, etc. Todo esto es congenial con el ideal cristiano, aunque el creyente tendría que añadir a todo ello algo más, un «plus», que daría el sentido último a todo: paternidad de Dios, como fundamento de nuestra fraternidad, y sentido escatológico, como esperanza de que todo esto se salvará a través de la muerte y aún será acabado y transformado por Dios, gracias a Jesucristo.

Motor de liberación

-Marcel Xhaufflaire («Práctica de la teología política») habla de «la funcionalización de la fe cristiana, como sistema ideológico de legitimación de las relaciones sociales de dominio».

-Bueno: también se podría hablar, y no sólo en teoría, de la fe como motor de liberación, y de la Pasión de Jesucristo, el Justo injusticiado, como «memoria subversiva». Pongamos por ejemplo inicial, la actitud insumisa de los primeros cristianos ante las autoridades de Jerusalén. Esto también se hace dado, se da, y se puede y se debe seguir dando. Aunque tampoco niego que, por desgracia, muchas veces a la fe cristiana ha servido de legitimación ideológica de las relaciones de dominio, como en la conquista de América —en parte; porque hubo muchos misioneros que defendieron al indio, y no solamente Las Casas—, o en la guerra civil española y el franquismo posterior —también con sus abundantes excepciones—.

-Para Marx la religión era «la expresión de la miseria real» y también «la protesta contra la miseria real».

-Eso: y depende de nosotros qué elegimos. Pero bien conscientes de que según lo que elijamos, podemos dar gloria a Dios o blasfemar de El. Y sucede curiosamente que los que han

acusado de rebeldes a los que se levantaban contra esa miseria, en el fondo eran blasfemos de Dios, mientras que los revolucionarios eran los que querían darle gloria, acaso aún sin saberlo. Porque, ¿qué clase de Dios presentamos en una religión que se conformara con la injusticia y la opresión, bendijera la esclavitud, y compartiera las ganancias injustas a costa del sudor y la sangre del pobre? Eso es blasfemar de Dios, el Dios Padre de todos, que quiere que nos portemos mutuamente como hermanos. Los cristianos podríamos quitar en esto la razón a Marx, si quisiéramos. Y sospecho que él se alegraría de ello.

-¿El cristianismo es un humanismo?

-No, propiamente. Pero con todos puede sentirse en comunión sincera, desde dentro, sin necesidad de ocupar un espacio propio y exclusivo, como un proyecto más en el escaparate de los humanismos, aunque sí pudiendo ser el alma de todos ellos.

-El voto es secreto, pero no secreto de confesión ¿a quién vota?

-No se lo he dicho nunca absolutamente a nadie, lo que se dice a nadie, ni en la más estricta intimidad. Ni siquiera creo que por gestos equivalentes lo puedan deducir. Hasta tal punto procuro que mi posible influencia como obispo no pueda repercutir en ninguna influencia política de partido.

-¿Qué predomina en los «cristianos por el socialismo»: el cristianismo o el socialismo?

-En general creo que el cristianismo, desde luego.

-¿Se considera Alberto Iniesta un revolucionario?

-Verás: creo que la palabra «revolución» es ambigua, porque las hay buenas, malas, regulares; provechosas e inútiles; caras y baratas, es decir, de costos desproporcionados o razonables, etc. Por tanto, no se puede decir de antemano que la revolución es

mala. Si la situación es mala y no hay otros caminos, la revolución es buena y necesaria. Pero como método, creo más en la transformación y renovación, con tal de que sea verdadera, profunda y constante. Claro que a esto hay quien le llama la «revolución permanente». Bueno: pues como la llamemos. Pienso que esta evolución constante es la que encierra más posibilidades de encontrar los buenos caminos con el menos costo posible. Sólo que, a veces, el inmovilismo puede hacer ya inevitable una verdadera revolución, como mal menor en relación con la situación que se padece.

-¿Hay discrepancias entre Juan Pablo II y el Vaticano II?

-No creo que ningún Papa pueda permitirse el lujo de discrepar de ningún Concilio, por modesto que fuera; y menos del Vaticano II. No sólo porque es uno de los más importantes de la historia, sino sobre todo porque es el que la Providencia ha encomendado a esta generación. Otra cosa es cuestión de acentos y matices, especialmente en una realidad tan compleja como fue el hecho conciliador y su documentación y legislación posterior.

-¿Cómo puede explicarse el fenómeno polaco?

-No he estado nunca en Polonia. Aunque haya leído bastante, no me creo capacitado para emitir un juicio. De todos modos no se puede mitificar a ningún pueblo, ni siquiera el polaco, aunque sea la patria del Papa actual. A distancia, yo admiro especialmente su fortaleza, su cohesión, su recia espiritualidad, su valiente defensa de la libertad frente a la dictadura.

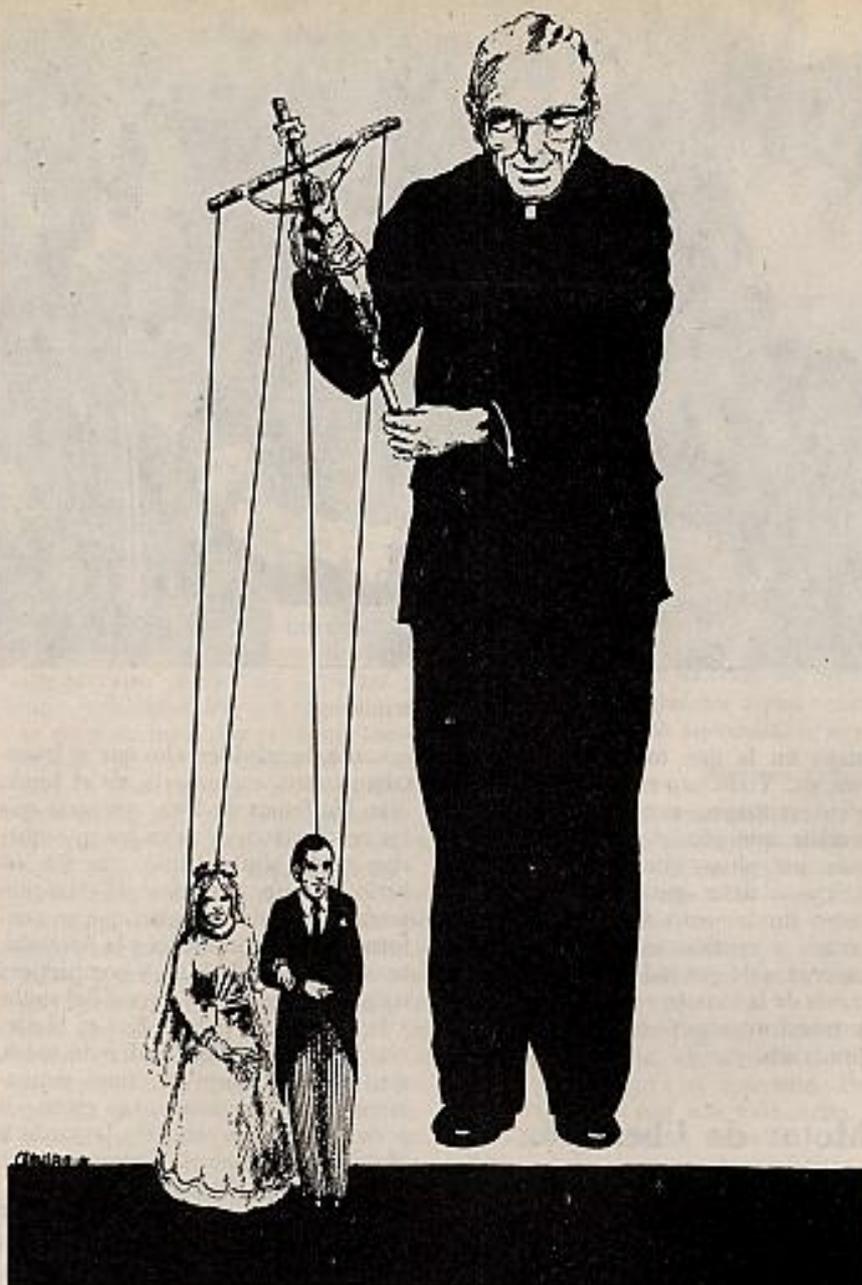
No aceptar una religiosidad alienante

-Se habla de cierto retorno de la antigua religiosidad, casi medieval y milenaria en algún caso, ahora que andamos próximos al segundo milenio. Algunos interpretan así la ascensión del ayatollah Jomeini e incluso la repercusión popular de los viajes papales. ¿Es que vuelve a la fe o es que siempre fue así y ahora se nota más con la expansión comunicativa de la «aldea global»?

UN OBISPO

-No diré yo que me apene ese «revival» de lo religioso en el mundo. Como creyente, todo lo que sea la búsqueda de Dios me da espontáneamente alegría, porque creo que la fe es un valor incalculable, para mí el principal. Eso no quiere decir que haya que ignorar la ambigüedad que puede darse en muchos de esos movimientos. Son bastantes, y en todo el mundo. Y tan variados, que no podemos englobarlos sin caer en simplismo. Se está publicando mucho recientemente sobre este fenómeno, y procuro seguir la pista en lo posible. Por una parte, demuestra que, para bien o para mal, se han comprobado como falsos los vaticinios que desde diferentes filosofías y análisis se anunciaban para la sociedad moderna, desde el marxismo hasta la teología de la secularización radical. La religión no ha muerto en el mundo, en contra de lo que dijeron algunos doctores, que le daban pocos años de vida hace decenios. Pero por otro lado, la historia de los movimientos religiosos anteriores debe ponernos en guardia para no aceptar una religiosidad alineante, que consuele con el cielo para huir de la tierra, o que se amanceba con el poder, o que pretenda suplir los análisis políticos, económicos y sociales como mediaciones inevitables para una proyección temporal de la propia fe, etc. Dentro mismo de nuestra vida cristiana española, podría darse la tentación de que una parte de la juventud, cuando regresa desengañada y desencantada de la lucha universitaria, obrera, cívica, etc., nosotros, los curas, tan contentos y a decirles que claro, que ya ven, que la política es un asco, y que les han instrumentalizado, y que se vengan al nido gratificante de la parroquia, de la fe, de la celebración, y a mirarnos el ombligo espiritual. Bueno: pues por supuesto que el rezar y celebrar juntos la fe me parece estupendo indispensable y fundamental. Pero que eso no puede servir de coartada, para la huida, sino de motor para el compromiso, la lucha, el enganche. Y que un cristiano no tiene nunca derecho a pasar, a romper todo carné, a dejar que el mundo se las apañe. Cristo no pasó ni se desencantó nunca, hasta la muerte. Una prueba de la autenticidad de esa renovación espiritual estará en que los movidos por el espíritu salgan, salgamos, a la vida para luchar contra la injusticia, la insolidaridad, la opresión, la marginación, etc. para que el mundo se parezca cada vez más al proyecto de Jesucristo, al Reino de Dios entre los hombres. ■ V.M.R. Fotos: Ramón Rodríguez.

64 triunfo



LOS OBISPOS CONTRA EL DIVORCIO

E. MIRET MAGDALENA

UNA lectura rápida —como ha hecho casi todo el mundo— de la Declaración de los Obispos españoles sobre la ley civil del divorcio, ha llevado falsamente a la conclusión de que nuestros Prelados se oponen a la existencia de una ley que regule todo caso de disolución del vínculo matrimonial.

Pero una mirada más cuidadosa del documento nos conduce a una conclusión distinta, mucho más matizada.

Hay que estar acostumbrado a las sutilezas de los escritos eclesiásticos, sabiendo interpretarlos a menudo según la regla: «donde digo digo, digo Diego».

En tres ocasiones han intervenido los mentores de la Iglesia española sobre este asunto; y las tres repiten sustancialmente el primer escrito, que fue el más completo y más doctrinal de todos. Lo escribió monseñor Miguel Roca, un hombre de Iglesia preparado intelectualmente, aunque in-

Marzo 1981